

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

CARLOS Y ADELA.

CUENTO.

I.

Era de noche, la luz oscilante de dos bujias alumbraba una habitacion adornada con sencillez, y reflejaba en el rostro pálido y lloroso de una jóven profundamente abatida, cuyos rasgados y negros ojos dirijian de vez en cuando una mirada de dolor y de inquietud á un hombre silencioso y meditabundo que estaba á su lado no menos conmovido.

Habia en aquel silencio no sé qué de solemne y de sublime que no es posible describir á las almas vulgares porque no lo comprenderian, y porque hay cosas que se sienten mejor que se esplican. Con efecto, en el silencio, cuando nada de este mundo viene á interrumpir las ideas de dos almas que se adoran, las palabras sirven poco para espresar sus sentimientos, los amantes prefieren en aquel instante oír los desiguales latidos de sus corazones, ver una mirada en que se pinte el fuego de la pasion que les abrasa. Entorces es cuando sus pensamientos fijos solo en un punto tienen unos mismos temores, unas mismas esperanzas, y habitan un mismo cielo: entonces es cuando aquellos dos cuerpos no tienen mas que un alma.

El silencio que hacia algunos momentos reinaba en el gabinete de Adela fué interrumpido por la aparicion de un tercer personaje, cuya fisonomia tomó de pronto una espresion de cólera que la hizo estremecer.—Caballero, dijo á Carlos, alguna mas confianza tenia yo en vuestras promesas.—Padre, le interrumpió Adela solozando, era la última vez que venia á verme.—No es tan largo el plazo que yo he puesto para vuestro enlace; ya sabéis que consiento en él, apesar de mis intereses y en obsequio de vuestra comun felicidad, pero yo pensaba que mis mandatos serian obedecidos, pensaba tener algunos derechos sobre

mi hija para que respetase mis preceptos.—Lo ves Carlos, repuso Adela desecha en lágrimas, ves como tu solo se opones á nuestra felicidad?—Cómo!—Si, padre mio, quiere abandonarme, quiere dejarme con su ausencia en pago de mi amor, la desesperacion y la muerte.—Adela por Dios! tus palabras me matan, y tus lágrimas atraviesan ardiendo hasta el fondo de mi corazon y le quemán! Tu no puedes comprender lo que padezco en este instante: estar tan cerca de la felicidad, ir á tocarla, y encontrarme con una montaña de cristal que me la deja ver para mi martirio, y que impide acercarme á ella! Tu no sabes lo que sufre un alma que adora como la mia cuando ve rasgarse el lienzo en que se pintaban todas sus ilusiones! Adela, yo te he ocultado un secreto creyendo que tu amor purificaria mi existencia, y he visto que el mio ha contaminado la tuya inspirándote una pasion á que se opone el destino con su mano de hierro! Perdon, señor, dijo al padre de su amante, perdon por haber abusado de vuestra confianza! Yo sabia que nunca podria ser de Adela, sabia que me separaba de su lado toda la sociedad, y os he estado engañando.—Infame!—Nunca: yo no soy criminal, el corazon de vuestra hija estaba destinado para el mio.—¿Quién eres, miserable? dijo el padre de Adela, en cuyo semblante estaban pintados el asombro y la rabia.—Quién soy! respondió Carlos abatido, ese es mi martirio, yo no lo sé; me criaron por compasion, y no poseo ni un papel en que se diga que me llamo Carlos.—Infeliz! yo renunciaba á mi ambicion por tí, pero...—No: ya está todo prevenido, dentro de un poco darán las diez, hora en que me despido para siempre de esta ciudad en que tanto sufro.

En aquel momento diez campanadas del reloj de la plaza anunciaron que la hora habia llegado ya.

Adela que habia permanecido en silencio durante el anterior diálogo, y para quien las palabras que oia eran sonidos confusos que ninguna idea esacta dejaban en sus sentidos, al oír las últimas dió un grito y cayó de rodillas delante de su padre, quien se cubria

la cara con las manos, como si un recuerdo oscuro le atormentase y quisiese reconcentrar todos sus pensamientos en él. Carlos aprovechándose de este instante coje la mano de su amada, imprime en ella un beso de fuego en que se exhalaba toda su pasión, y se marcha apresuradamente.

Padre! exclamó Adela, evitad la muerte de vuestra hija; si es desgraciado qué importa, el amor que me tiene, sus virtudes lo elevan á nuestra altura, ven Carlos... Entonces miró en torno de sí, y conociendo la espantosa realidad, su imaginación le representó á su amante como un monstruo que se había burlado de su amor, y un mortal desmayo la privó de sentido. Su padre entonces retorciéndose las manos con desesperación, se ha marchado! dijo ¡Y acaso sería él!

II.

Una beata de las que están destinadas en el magnífico hospital de Valencia á aliviar la desgraciada posición de los que tienen que recibir de la caridad pública el alivio de sus enfermedades, estaba inmóvil al lado de una cama, contemplando con ternura á un joven que pocos días antes había llegado allí: y no se crea que aquel enajenamiento era producido por un afecto reprehensible. No: si había pasión en sus miradas, si su corazón latía mas vivamente al lado del de aquel, no había en aquel corazón, en aquellas miradas, mas que pureza, mas que un afecto vago, incomprendible, pero ardiente; un afecto que nada de terrenal tenía, en que el alma sola tomaba parte. Aquella mujer no conocía límites en sus cuidados solícitos, cuando se trataba de aliviar en lo mas mínimo los dolores del enfermo, y una sonrisa de aprobación ó agradecimiento de este, parecía recompensarla de todas sus fatigas.

Carlos, el amante de Adela, era el que estaba postrado en aquella cama.

Después de haber vagado por casi toda España, pobre, aislado, sin encontrar un alma que se entendiera con la suya, había llegado á aquella miserable situación; y convencido de que nunca podrían mitigarse sus penas, se dejaba morir.

En vano su enfermera le animaba y buscaba todos los medios de distraerle y adivinarle: en vano, la llaga estaba en el corazón. Un día en que contemplaba Carlos con cierta mezcla de satisfacción y envidia el rostro sereno del ángel que le acababa de librar de la muerte, acaso para su martirio, no pudo menos de exclamar exhalando un hondo suspiro.— Ah! cambiaría un momento de vuestra calma por todo el resto de mis días.—Acaso os engañan las apariencias, dijo la mujer llorosa, acaso esta frialdad que mienten mis ojos cubre las cenizas aun calientes de un corazón que tal vez haya padecido mas que el vuestro.—Será posible!—Si: yo tambien he tenido mi juventud y mis pasiones, pasiones que han desgarrado mi pecho, y que han emponzoñado mi existencia entera: Este traje que viste la inocencia, que cubre casi siempre un alma pura, ahora... cubre el alma de una criminal... No: crimen no! Acaso un exceso de virtud me ha hecho delincuente. Una preocupación... El honor!... Si yo le hubiese gritado cuando le volví á ver!... Su fisonomía tomó entonces una expresión de despecho.

Si: continuó después de un instante de silencio, el rubor de confesaros mi debilidad no puede hacerme padecer mas que las amargas lágrimas, que hasta ahora he devorado en silencio, sin tener un pecho en que poderlas derramar. Yo fui madre; un infame abusó de mi corazón y de mi inesperienza, y cambió la paz de mi familia desgraciada en un infierno. Yo era pobre, yo no tenía mas que un alma pura y apasionada, y esto es muy poco para la mayoría de los hombres, que desconocen el precio de un corazón sencillo y tierno. Mi seductor me abandonó: y sola, y deshonrada, con el fruto de nuestro criminal amor en mis entrañas, y la vergüenza y la humillación en mi frente, abandoné á mi anciana madre sin saber lo que hacia: un vértigo se apoderó de mi razón, y un demonio enemigo de mi reposo, me conducía como por la mano de precipicio en precipicio. Mi pobre madre murió de pena. Me quería tanto!

No podeis comprender la ternura de una madre al estrecharnos su mano con cariño, toda su existencia está en su mano; al darnos un beso, toda su alma va en aquel beso. Y yo no he gozado ninguna delicia de esa ternura. Una enfermedad peligrosa me obligó á abandonar á mi hijo á manos mercenarias, y después de restablecida no pude saber de él, porque la mujer que le recojió, se había marchado del pueblo repentinamente. ¿No es verdad que es doloroso haber tenido un hijo que acaso vive, y arrastrar ahora una existencia, sin que su alma, que es parte de la mia, enjague mis lágrimas con su amor?

(Se concluirá.)

ORIENTAL.

II.

Es de noche; en una estancia
Magnífica y opulenta,
Donde cien lámparas brillan,
Y cuyas luces reflejan
El oro y el alabastro,
Los espejos de Venecia
Que en las colgadas paredes
Brillan entre plata y seda,
Y los ricos artesones
Que mil colores ostentan:
Donde esquisitos aromas
Cien aureos vasos entrega
Al viento, que fresco y puro
En plumas y flores juega;
Donde el rayo de la luna
Melancólico penetra
Por un abierto balcon,
A cuyo pie manso llega
El claro Guadalquivir,
Que con sus ondas lo besa;
En esta lujosa estancia,
Donde todo es opulencia,
Se vé una mora sentada,
Que por su porte y belleza

Es la sultana sin duda,
 Y el sultan quien la contempla
 Tambien á sus pies sentado
 En un cojin de oro y seda.
 Hermosa está la sultana,
 Seductora y hechicera,
 Un prodigio es de hermosura,
 Es una mujer perfecta
 De esas que no ven los ojos
 Y que el alma solo crea.
 Mas que el cristal trasparente
 Aun brilla su frente tersa,
 Y de sus ojos la lumbre
 Encanta, fascina y quema;
 De sus mejillas tomaron
 Su gala las azucenas,
 Y su frescura y matiz
 Las rosas pierden ante ellas.
 Sus labios son dos rubies
 Junto á dos hilos de perlas,
 Y una madeja de oro
 Es su flotante melena,
 Que cubre la blanca espalda
 Y sus encantos nos vela.
 Ciñe su frente un turbante
 De rojas y blancas telas,
 Recamado de oro y plata
 Y de finisimas piedras,
 Y de su flotante velo
 Azul bordado de estrellas
 Cae y pomposo la envuelve
 Al pár que su traje besa.
 Mas á pesar de tal gracia
 Y de tanta gentileza,
 Se descubre por su rostro
 Que no está, no, muy contenta,
 Y el sultan que está á sus pies
 Con ojos fijos la observa,
 Mientras en su pipa de ambar
 Planta aromosa se quema,
 Y mesándose la barba,
 Como el azabache negra,
 Le dice augustas palabras,
 Que el viento en sus alas lleva,
 Con un acento mezclado
 De dulzura y de apereza.
 —«Hermosa del alma mia,
 Deja reclinar mi frente
 En ese seno turjente,
 Manantial de mi alegría.
 Con tu blanda mano toca
 Mis sienes en dulce fuego,
 Sobre mis labios de fuego
 Pon, niña hermosa, tu boca.
 Que me hables de amor aspiro,
 Yo te daré en mi embeleso
 Por cada palabra un beso,
 Por cada beso un suspiro.
 Hoy mas que nunca hechicera
 Te encuentro, bella sultana,
 Ojalá que asi mañana
 El sol de mayo te viera.»
 Asi amante le decia,

Cuando en el rio se oyó
 De una barca que se acerca
 El bullicioso rumor:
 Se estremeció la sultana,
 El sultan de hablar cesó,
 Y las miradas sombrías
 Se encontraron de los dos.
 A poco al compas de un arpa
 Entonando esta cancion
 Se oyó una voz que en sus alas
 El viento la repitió.

«Despierta paloma mia,
 mi alegría,
 Reina de mi corazon,
 Que ya te espera tu amante
 anhelante
 Debajo de tu balcon.
 Mañana verás las galas
 de tus alas
 Al sol de la libertad,
 Y tranquilos volaremos
 á dó hallemos

Amor y felicidad.»

Aquí llegaba el amante
 Con sus acentos de amor,
 Cuando bramando de ira
 El sultan se levantó,
 Y desnudando el alfanje,
 Con satánico furor
 Se acercó á la bella mora,
 Que ante él de hinojos cayó.
 «Perdoname» dijo humilde
 Traspasada de dolor,
 Y él con acento de trueno
 Airado pronuncia «no.»
 Y dividiéndole el cuello,
 Con una risa feroz
 La cabeza entre sus manos
 Chorreando sangre ajitó,
 Y con voz atronadora
 Dijo asi desde el balcon.
 —«Toma, maldito cristiano,
 El fruto de tu pasion,
 De los dos era querida
 Partida está entre los dos!»
 Y la preciosa cabeza
 En la barquilla cayó.
 Sonó en la torre un rujido,
 En el rio una maldicion,
 Y á poco tiempo despues,
 Todo en silencio quedó.

J. NUÑEZ DE PRADO.

Sevilla 10 de marzo de 1845.

REVISTA TEATRAL.

Don Enrique el dadivoso, ó tercera parte del Zapatero y el Rey, drama en tres actos y un prólogo, de don Victor Balaguer, se puso en escena el martes último. Desde que lo vimos anunciado se nos escitó vivamente la curiosidad, porque deseabamos ver hasta

qué punto había podido llegar el joven literato que acometía la árdua empresa de escribir un drama para que sirviese de continuación á las dos primeras partes debidas á la fecunda pluma del inimitable Zorrilla. Nunca creímos pudiese igualarlos, y en efecto es así: sin embargo, á pesar de la extraordinaria languidez de toda la acción, del uso demasiado frecuente de los soliloquios, que causan muy mal efecto en la escena cuando no son absolutamente indispensables, y de la pesadez de la mayor parte de los diálogos, tiene este drama lindísimos versos, pen amientos muy bien desenvueltos, y un prólogo excelente, después del cual parecen los tres actos peores de lo que en sí son. De todos modos se descubren en el autor felices disposiciones, que indudablemente hubieran lucido mucho más si hubiese escrito un drama sin enlaze con los de Zorrilla, y que le aconsejamos cultive para poder adquirir los laureles escénicos á que sin duda está llamado. En cuanto á la ejecución debemos decir que fuese efecto de la languidez de la composición, ó de otra causa, no llenó nuestros deseos. Sin embargo la señora Albacete estuvo bastante bien, y dijo sus versos con animación é inteligencia, y el señor Ortiz comprendió su papel.

En la misma noche se ejecutó la pieza en un acto del señor Villergas, titulada: *El padrino á mojicones*. Esta composición está ya sobrado juzgada para que hagamos su crítica; y en cuanto á su ejecución solo diremos que el señor Jimenez estuvo oportuno como siempre.

El jueves 1.º del actual se puso en escena la comedia en dos actos titulada: *Hacerse amar con peluca, ó el viejo de 25 años*. A pesar de ser ya bastante antigua esta traducción, no carece de chistes y de escenas harto cómicas, que hacen muy agradable su representación. En esta comedia estuvieron muy bien todos los actores sin escepcion.

Notamos con gusto mas concurrencia en el teatro, y esperamos continúe esta en proporcion ascendente, tanto por concluirse en breve la temporada de Sierra, adonde hay muchas familias disfrutando los placeres del campo, quanto porque cada día se va haciendo la compañía mas merecedora de aprecio por sus esfuerzos, y deseos de agradar al público.

ANECDOTA.

A bordo de su bajel conducía un pirata arjelino, entre otros cautivos, á un fraile franciscano con su correspondiente lego, y á un judío muy docto en la ley mosaica. Cuando la tripulación encaramada en palos y trinquetes ejecutaba las maniobras necesarias para dar caza á otros buques ó burlar las tempestades, no se curaba de las disputas acaloradas que sobre puntos de religión entablaban el franciscano y el judío. Harto hacían los infelices moros con atender al velamen para evitar les aconteciese lo que al hueco: porque deben saber nuestros lectores que los marineros tienen jeneralmente el mismo fin que los huevos: *ó estrellados ó pasados por agua*.

Dejemos de digresiones. Es el caso que cuando la tripulación se retiraba á descansar á sus hediondos camarotes, nuestros dos contrincantes se enfrascaban mas y mas en sus interminables disputas. En vano fué que los moros tratasen de corregirles paternalmente acariciándoles las espaldas con los nudosos extremos de un cable; los cautivos no hicieron caso de estas

amonestaciones y siguieron en sus disputas erre que erre. Acudieron los marineros en queja á su capitán, y este decretó que al dia siguiente disputarian sobre cubierta el judío y el franciscano á presencia de toda la tripulación hasta que uno quedase vencedor. El vencido seria arrojado inmediatamente al mar, pues solo de este modo podia recuperarse la paz doméstica. Intimósele la orden á los preopinantes, y fué recibida con júbilo por el judío, y con harto dolor por el fraile. Este decia por lo bajo lamentándose con su lego:

—Oh! este israelita está muy ducho en el manejo de los libros santos. En cuanto me saque un testo de David, y sobre él me forme un argumento *á posteriori*, soy hombre al agua!

—Señor, dijo timidamente el lego, quiere vuestra paternidad que yo le represente en la contienda de mañana?

—Calle su caridad! contestó el fraile, si yo no puedo convencer á ese miserable, podrá hacerlo un triste lego?

—Si tal; pero aunque así no fuese, quiera decir que yo iria al agua por derecho representativo.

—Convenido. Convenido.

Al amanecer el dia siguiente el pirata fumando en su incomensurable pipa esperaba sobre cubierta rodeado de sus fieles subditos á los dos antagonistas. Presentóse el judío con aire triunfante: á los pocos minutos apareció el lego.

—Cómo? exclamó el capitán, no sube el cristiano gordo?

—Señor, para humillar á ese perro judío sobra conmigo.

—Te tengo lastima! dijo el israelita, pero ya que te empeñas...

—Si! si! interrumpió el lego. Empecemos.

—Empieza tu.

—Dime, perro judío, cuantos profetas hay?

—Diez y seis.

Y los nombró todos comenzando por Isaías y acabando por Malachias.

—Te olvidas de uno.

—Imposible! yo los tengo en la uña.

El judío volvió á enumerarlos.

—Solo de uno no te has acordado.

—Por la burra de Balaan! tu quieres hacerme perder el juicio? no hay mas que diez y seis.

—Vamos, replicó el socarronísimo lego, tu tratas las cuestiones sobre cubierta muy superficialmente y será preciso que las penetres mas á fondo.

El judío comprendió la indirecta y arrojó una mirada sobre la vasta estension del mar. Murmullos en la tribuna.

—Y bien? cuál es el nombre de ese profeta que yo no conozco?

—Ven acá, perro judío! Donde dejas al gran profeta Mahoma?

—Mahoma no era profeta! exclamó el judío sin reparar en las profundas consecuencias de sus palabras.

—Blasfemo!!... al agua!... gritaba el pirata con mas cólera que pipa.

—Cosa que Mahoma no era profeta? decia el lego. Ahora te lo dirán de misas.

—Al agua! al agua! gritó la indignada tripulación, zambullendo al infeliz judío en el mar.

Requiescat in peccis.—E. DE CISNEROS Y N.